

promesas; pero la sangre del cordero os ha redimido, acercándoos y haciendo de todos los pueblos un solo pueblo en toda la tierra.»

Ya que hubo muchos cristianos, todos los de un mismo lugar se reunían para orar, cantar alabanzas al *Señor*, y para celebrar el misterio de la *Cena*. Así nació la *Iglesia* ó asamblea de los fieles, en donde se trataban como hermanos, y hacían donativos para sostener á los pobres, á las viudas y á los huérfanos. La comunidad seguía los consejos de los más respetados por su saber y sus virtudes, de los mayores (ancianos), de los sacerdotes. Luego se dividió la asamblea ó Iglesia en dos partes: el *clero* ó parte de Dios, y los *laicos* ó pueblo. En el *clero* hubo *diáconos* ó servidores, *obispos* ó vigilantes (inspectores), y *arzobispos* ó *obispos* de las metrópolis. El país ó comarca perteneciente á un *obispo* se llamó *diócesis*, y *arquidiócesis* al del *arzobispo*.

El cristianismo fué perseguido desde su nacimiento; los mismos judíos obligaron al gobernador romano de *Judea* á crucificar á *Jesús*, y lapidaron á *San Esteban*. Los romanos después, tan pronto como las nuevas doctrinas transpusieron los linderos de *Judea*, continuaron la persecución con verdadero encarnizamiento, pues que los adoradores del «Dios vivo» despreciaban las divinidades gentílicas, se negaban á tributar culto al emperador y á quemar incienso en los altares de la diosa *Roma*. El pueblo, además, pensaba que aquella misteriosa «incredulidad» atraía sobre el imperio la ira de los dioses, cada vez que una catástrofe, espontánea ó provocada, se abatía sobre los vastos dominios de *Roma*, en aquella época tan fecunda en calamidades de todo género. Resonaba entonces del uno al otro extremo del Imperio el lúgubre grito: «Los cristianos á las fieras,» y perecían millares en el espantoso espectáculo del *anfiteatro*. Pero los cristianos soportaban con heroica alegría lo que en sentir suyo les abría las puertas del cielo; y así es que se llamaban *mártires* á las víctimas, y *martirio* al suplicio, esto es, *testigos* y *testimonio* de su fe en *Cristo*. Comparaban estas matanzas á los juegos olímpicos, y hablaban de *palma* y de *corona* como si hubiera en ellas atleta vencedor. Los relatos de los suplicios, escritos por los cristianos que los presenciaban, circulaban por todo el Imperio, é inspiraban el deseo de imitar á los gloriosos «confesores,» y se pre-

sentaban á sus perseguidores ó derribaban los ídolos, para poder sufrir la muerte. (1).

Otro sentimiento muy común en aquella época entre los cristianos, era que no podía conseguirse la perfección sino retirándose del mundo, para trabajar con seguridad en la salvación eterna; tales fueron los *anacoretas*, (que llevan vida separada) ó *monjes* (solitarios). Los primeros vivieron en la *Tebaida* (Egipto superior), distinguiéndose entre todos *San Antonio* [2]. Pero el anacoreta tiene un enemigo, del cual no puede librarse tan fácilmente; este enemigo es la *carne*: así fué que los cristianos de la primera época se imponían sacrificios para llevar la muerte á la *carne*, para aniquilar sus impulsos, para elevarse en espíritu hasta el *Creador*. Esto constituye el *ascetismo* (ejercicio), que por mucho tiempo parece haber sido el ideal cristiano. Mas, como la sociabilidad es intuitiva en el hombre, los anacoretas de una comarca se reunían para vivir en comunidad (cenobitas), y desde entonces nacieron los *conventos*, que estaban destinados á representar tan gran papel en adelante.

III.—Siglo de los Antoninos.

DESPUES de los «doce Césares,» el Imperio disfrutó de un cierto bienestar interior y de grandeza y brillo en el exterior, de que no disfrutaba desde los más bellos tiempos de la República. *Nerva*,

(1) Aun cuando varias comunidades prohibieron estos afanes para procurarse la muerte, el fervor no disminuyó; pero se vieron los fieles obligados á buscar refugio durante las crueles persecuciones del siglo III. Entonces abrieron galerías subterráneas en *Roma* (catacumbas) y en otras ciudades, y en ese sombrío mundo podían mantenerse seguros, junto á los sepulcros de los mártires.

(2) Hubo muchos monjes famosos ó anacoretas, pero el modelo de todos fué *San Antonio*. Se vestía con silicio de crin, ayunaba y oraba continuamente. A menudo lo sorprendía la aurora en sus oraciones, y exclamaba: ¡Oh Sol, por qué vienes á impedirme contemplar el esplendor de la verdadera luz! *San Pacomio*, *San Macario* y *San Simeón* estilita, se impusieron sacrificios que serían increíbles si no constaran por auténticos testimonios.

Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, mostraron en el solio que antes mancharon tantos monstruos, virtudes dignas de *Cincinato* y de *Fabricio*. Desde que Nerva en el año 98 (de la Era cristiana) nombrara para sucederle al valiente *Trajano*, sentó la norma que siguieron escrupulosamente sus sucesores.

El más virtuoso de estos emperadores fué *Marco Aurelio*, que mereció justamente ser llamado «el Sabio en el trono.» En su libro «los Pensamientos» dejó consignadas las máximas que normaron su vida y que muestran el mayor esfuerzo hecho por la razón humana en pro del bien. Despreciaba el fausto y las grandezas humanas, y á pesar de esto ocupó su vida en los asuntos públicos y mandando ejércitos para repeler las primeras invasiones de los bárbaros, que principiaban ya á amenazar al coloso; pero todo por deber, sin ambiciones y por el bien general. Su vida ha quedado como un modelo del hombre consagrado á las tareas de gobierno.

Pero aquel que, por su actividad y talento militar, puede ser comparado con *César* y *Alejandro*, fué *Trajano*. Como *Marco Aurelio*, no ambicionaba el Poder, pero urdido por su posición, desempeñó el doble papel de político y de Capitán. Para conseguir fronteras de fácil defensa, *Trajano* pasó el *Danubio*, ganó tres grandes batallas á los *dacios*, pueblo belicoso y valiente que ocupaba las márgenes del curso inferior del río. (102 á 103). Sublévanse de nuevo, después que *Trajano* les concede una paz ventajosa, y decide verificar la conquista: invade el país, establece colonias y convierte la *Dacia* en provincia romana (106). Este mismo pueblo fundó la *Rumanía*, que es entre los neolatinos el único que conservó el nombre y lengua de *Roma*.

Desde *Craso*, esto es, desde la época de los *triumviro*s, los *partos* ó *parsis*, no habían cesado de amenazar las fronteras del Imperio por el Oriente. *Trajano* pasó el *Eufrates*, tomó á *Ctesifonte*, penetró en *Susa*, donde se apoderó del trono de oro de los reyes persas, formó una escuadra en el *Tigris* y descendió por él hasta el mar de *Omán*. Intentó como *Alejandro* conquistar la *India*; pero las múltiples atenciones de su puesto en Occidente, donde las fronteras del Imperio estaban á cada momento amagadas por nuevos enjambres de bárbaros, lo obligaron á volver, dejando la *Asiria* y la *Mesopotamia* en manos de los enemigos. La «columna de *Trajano*»

que está en *Roma* y el «arco de triunfo,» en *Benavente*, muestran aún al viajero los triunfos del noble caudillo hispano.

Con *Trajano* concluyeron las conquistas; *Adriano* se limitó á conservar lo adquirido, y á defender la frontera de Inglaterra, de los *pictos* ó *escoceses*, construyendo un gran baluarte que atravesaba la isla (muralla de *Adriano*). Los judíos que habían permanecido en *Palestina* después de la destrucción de *Jerusalén* por *Tito* (70 de JC.), se rebelaron de nuevo. *Adriano* expulsó de su país á esta nación rebelde y fundó una colonia romana, con el nombre de *Aelia capitolina* en el lugar que ocupara el *Templo*. *Antonino* fué un filósofo que apenas *Marco Aurelio* pudo superarle por su sabiduría y su virtud.

La época de los emperadores filósofos (siglo II de JC.) fué la de mayor extensión y poderío para el Imperio. Comprendía entonces los países que hoy forman la Inglaterra, España y Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Suiza, Baviera, Austria, Hungría, Turquía de Europa, Grecia, Marruecos, Argel, Túnez, Egipto, Siria, Palestina y la Turquía asiática, teniendo por límites: al Oeste, el Océano Atlántico; al Norte, las montañas de Escocia, el Rhin, el Danubio y el Cáucás; al Este, los desiertos de Siria y Arabia, y al Sur, las cataratas del Nilo y el Gran desierto. Estaba dividido en 48 provincias, gobernadas por los delegados é intendentes, que no obstante su poder absoluto, temían al emperador, pues sabían que los *Antoninos* leían los memoriales y atendían las quejas de los empleados subalternos y de los ciudadanos. Procuraron regularizar la administración, moralizar el ejército y gobernar, en fin, conforme á los principios y reglas de la moral estoica: último esfuerzo de la civilización helénica en favor del progreso del mundo.

VI.—Las Revoluciones. Dioleciano y Constantino.



LA muerte de *Marco Aurelio* (180), un monstruo, *Cómodo*, inauguró un período de locuras y crueldades semejantes á las del siglo I; el Impe-

rio fué puesto en subasta por los pretorianos. (1). Los legionarios de *Bretaña*, de *Iliria* y de *Siria* nombran emperador á sus respectivos generales; *Septimio Severo*, jefe del ejército de *Iliria*, triunfa de sus competidores. Esta fué la única regla de gobierno durante un siglo: una vez hubo (de 260 á 278) 20 emperadores, cada uno en su provincia ó región; se les conoce con el nombre de los *30 tiranos*, por alusión á los de *Atenas*. Otra vez se vió con la investidura imperial un bárbaro, glotón y sanguinario, *Maximino*, que comía 30 libras de carne, y bebía 20 litros de vino en un día. (2) Al cabo de un siglo de esta anarquía militar y confusión hubo, como en el siglo II, emperadores que lograron establecer el orden y conseguir el reposo y tranquilidad que todos ansiaban. Casi todos eran oriundos de la *Iliria* y provincias danubianas; entre ellos merecen mencionarse *Claudio*, *Aureliano*, *Probo*, *Diocleciano* y *Constantino*, que combatieron á los bárbaros, infundieron respeto á las provincias y reorganizaron el ya decadente Imperio. Los tres primeros (*Claudio*, *Aureliano* y *Probo*) fueron guerreros solamente; pero los dos últimos (*Diocleciano* y *Constantino*) instituyeron un nuevo régimen político, que lleva en la historia el nombre de «régimen del Bajo Imperio.» por oposición al que los generales romanos instituyeron en *Roma* (Alto Imperio). Los emperadores de los tres primeros siglos, eran, en efecto, como los magistrados de la *República*, en quienes el pueblo depositaba ó delegaba su poder absoluto; desde *Diocleciano* la concepción del gobierno cambió, así como la vida y costumbres de los soberanos.

Los emperadores de Oriente, *Diocleciano* en *Nicomedia* y *Constantino* en la ciudad de su nombre, (*Constantinopla*), adoptaron las costumbres asiáticas, se vistieron con trajes flotantes, de seda y oro, se ciñeron la frente con la diadema, y se rodearon de funcionarios.

(1) Esto pasó en 193, después que la guardia imperial dió muerte á *Pertinax*. *Sulpiciano* ofreció mil pesos á cada pretoriano; *Didio*, mil doscientos; pero no pudo pagarlos y lo asesinaron.

(2) Uno de estos emperadores, *Eliogábalo*, hizo descender más que otro alguno la dignidad de su puesto, pues que se pintaba, se vestía de mujer, permitía que su madre reuniese un Senado femenino, y se manchó, en fin, con todos los desórdenes. Su nombre ha quedado como emblema de corrupción.

sentaban á sus perseguidores ó derribaban los ídolos, para poder sufrir la muerte. (1).

Otro sentimiento muy común en aquella época entre los cristianos, era que no podía conseguirse la perfección sino retirándose del mundo, para trabajar con seguridad en la salvación eterna; tales fueron los *anacoretas*, (que llevan vida separada) ó *monjes* (solitarios). Los primeros vivieron en la *Tebaida* (*Egipto superior*), distinguiéndose entre todos *San Antonio* [2]. Pero el anacoreta tiene un enemigo, del cual no puede librarse tan fácilmente; este enemigo es la *carne*: así fué que los cristianos de la primera época se imponían sacrificios para llevar la muerte á la *carne*, para aniquilar sus impulsos, para elevarse en espíritu hasta el *Creador*. Esto constituye el *ascetismo* (ejercicio), que por mucho tiempo parece haber sido el ideal cristiano. Mas, como la sociabilidad es intuitiva en el hombre, los anacoretas de una comarca se reunían para vivir en comunidad (*cenobitas*), y desde entonces nacieron los *conventos*, que estaban destinados á representar tan gran papel en adelante.

III.—Siglo de los Antoninos.

NESPUES de los «doce Césares,» el Imperio disfrutó de un cierto bienestar interior y de grandeza y brillo en el exterior, de que no disfrutaba desde los más bellos tiempos de la *República*. *Nerva*,

(1) Aun cuando varias comunidades prohibieron estos afanes para procurarse la muerte, el fervor no disminuyó; pero se vieron los fieles obligados á buscar refugio durante las crueles persecuciones del siglo III. Entonces abrieron galerías subterráneas en *Roma* (*catacumbas*) y en otras ciudades, y en ese sombrío mundo podían mantenerse seguros, junto á los sepulcros de los mártires.

(2) Hubo muchos monjes famosos ó anacoretas, pero el modelo de todos fué *San Antonio*. Se vestía con silicio de erin, ayunaba y oraba continuamente. A menudo lo sorprendía la aurora en sus oraciones, y exclamaba: ¡Oh Sol, por qué vienes á impedirme contemplar el esplendor de la verdadera luz! *San Pacomio*, *San Macario* y *San Simeón estilita*, se impusieron sacrificios que serían increíbles si no constaran por auténticos testimonios.

Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, mostraron en el solio que antes mancharon tantos monstruos, virtudes dignas de *Cincinato* y de *Fabricio*. Desde que Nerva en el año 98 (de la Era cristiana) nombrara para sucederle al valiente *Trajano*, sentó la norma que siguieron escrupulosamente sus sucesores.

El más virtuoso de estos emperadores fué *Marco Aurelio*, que mereció justamente ser llamado «el Sabio en el trono.» En su libro «los Pensamientos» dejó consignadas las máximas que normaron su vida y que muestran el mayor esfuerzo hecho por la razón humana en pro del bien. Despreciaba el fausto y las grandezas humanas, y á pesar de esto ocupó su vida en los asuntos públicos y mandando ejércitos para repeler las primeras invasiones de los bárbaros, que principiaban ya á amenazar al coloso; pero todo por deber, sin ambiciones y por el bien general. Su vida ha quedado como un modelo del hombre consagrado á las tareas de gobierno.

Pero aquel que, por su actividad y talento militar, puede ser comparado con *César* y *Alejandro*, fué *Trajano*. Como *Marco Aurelio*, no ambicionaba el Poder, pero urgido por su posición, desempeñó el doble papel de político y de Capitán. Para conseguir fronteras de fácil defensa, *Trajano* pasó el *Danubio*, ganó tres grandes batallas á los *dacios*, pueblo belicoso y valiente que ocupaba las márgenes del curso inferior del río. (102 á 103). Sublévase de nuevo, después que *Trajano* les concede una paz ventajosa, y decide verificar la conquista: invade el país, establece colonias y convierte la *Dacia* en provincia romana (106). Este mismo pueblo fundó la *Rumanía*, que es entre los neolatinos el único que conservó el nombre y lengua de *Roma*.

Desde *Craso*, esto es, desde la época de los *triumviros*, los *partos* ó *persas*, no habían cesado de amenazar las fronteras del Imperio por el Oriente. *Trajano* pasó el *Eufrates*, tomó á *Ctesifonte*, penetró en *Susa*, donde se apoderó del trono de oro de los reyes persas, formó una escuadra en el *Tigris* y descendió por él hasta el mar de *Omán*. Intentó como *Alejandro* conquistar la *India*; pero las múltiples atenciones de su puesto en *Occidente*, donde las fronteras del Imperio estaban á cada momento amagadas por nuevos enjambres de bárbaros, lo obligaron á volver, dejando la *Asiria* y la *Mesopotamia* en manos de los enemigos. La «columna de *Trajano*»

que está en *Roma* y el «arco de triunfo.» en *Benavente*, muestran aún al viajero los triunfos del noble caudillo hispano.

Con *Trajano* concluyeron las conquistas; *Adriano* se limitó á conservar lo adquirido, y á defender la frontera de Inglaterra, de los *pictos* ó *escoceses*, construyendo un gran baluarte que atravesaba la isla (muralla de *Adriano*). Los judíos que habían permanecido en *Palestina* después de la destrucción de *Jerusalén* por *Tito* (70 de JC.), se rebelaron de nuevo. *Adriano* expulsó de su país á esta nación rebelde y fundó una colonia romana, con el nombre de *Ællia capitolina* en el lugar que ocupara el *Templo*. *Antonino* fué un filósofo que apenas *Marco Aurelio* pudo superarle por su sabiduría y su virtud.

La época de los emperadores filósofos (siglo II de JC.) fué la de mayor extensión y poderío para el Imperio. Comprendía entonces los países que hoy forman la Inglaterra, España y Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Suiza, Baviera, Austria, Hungría, Turquía de Europa, Grecia, Marruecos, Argel, Túnez, Egipto, Siria, Palestina y la Turquía asiática, teniendo por límites: al Oeste, el Océano Atlántico; al Norte, las montañas de Escocia, el Rhin, el Danubio y el Cáucus; al Este, los desiertos de Siria y Arabia, y al Sur, las cataratas del Nilo y el Gran desierto. Estaba dividido en 48 provincias, gobernadas por los delegados é intendentes, que no obstante su poder absoluto, temían al emperador, pues sabían que los *Antoninos* leían los memoriales y atendían las quejas de los empleados subalternos y de los ciudadanos. Procuraron regularizar la administración, moralizar el ejército y gobernar, en fin, conforme á los principios y reglas de la moral estoica: último esfuerzo de la civilización helénica en favor del progreso del mundo.

VI.—Las Revoluciones. Diocleciano y Constantino.



LA muerte de *Marco Aurelio* (180), un monstruo, *Cómodo*, inauguró un período de locuras y crueldades semejantes á las del siglo I; el Impe-

rio fué puesto en subasta por los pretorianos. (1). Los legionarios de *Bretaña*, de *Iliria* y de *Siria* nombran emperador á sus respectivos generales; *Septimio Severo*, jefe del ejército de *Iliria*, triunfa de sus competidores. Esta fué la única regla de gobierno durante un siglo: una vez hubo (de 260 á 278) 20 emperadores, cada uno en su provincia ó región; se les conoce con el nombre de los 30 tiranos, por alusión á los de *Atenas*. Otra vez se vió con la investidura imperial un bárbaro, glotón y sanguinario, *Maximino*, que comía 30 libras de carne, y bebía 20 litros de vino en un día. (2) Al cabo de un siglo de esta anarquía militar y confusión hubo, como en el siglo II, emperadores que lograron establecer el orden y conseguir el reposo y tranquilidad que todos ansiaban. Casi todos eran oriundos de la *Iliria* y provincias danubianas; entre ellos merecen mencionarse *Claudio*, *Aureliano*, *Probo*, *Diocleciano* y *Constantino*, que combatieron á los bárbaros, infundieron respeto á las provincias y reorganizaron el ya decadente Imperio. Los tres primeros (*Claudio*, *Aureliano* y *Probo*) fueron guerreros solamente; pero los dos últimos (*Diocleciano* y *Constantino*) instituyeron un nuevo régimen político, que lleva en la historia el nombre de «régimen del Bajo Imperio.» por oposición al que los generales romanos instituyeron en *Roma* (Alto Imperio). Los emperadores de los tres primeros siglos, eran, en efecto, como los magistrados de la *República*, en quienes el pueblo depositaba ó delegaba su poder absoluto; desde *Diocleciano* la concepción del gobierno cambió, así como la vida y costumbres de los soberanos.

Los emperadores de Oriente, *Diocleciano* en *Nicomedia* y *Constantino* en la ciudad de su nombre, (*Constantinopla*), adoptaron las costumbres asiáticas, se vistieron con trajes flotantes, de seda y oro, se ceñeron la frente con la diadema, y se rodearon de funcionarios.

(1) Esto pasó en 193, después que la guardia imperial dió muerte á *Pertinax*. *Sulpiciano* ofreció mil pesos á cada pretoriano; *Didio*, mil doscientos; pero no pudo pagarlos y lo asesinaron.

(2) Uno de estos emperadores, *Eliogábalo*, hizo descender más que otro alguno la dignidad de su puesto, pues que se pintaba, se vestía de mujer, permitía que su madre reuniese un Senado femenino, y se manchó, en fin, con todos los desórdenes. Su nombre ha quedado como emblema de corrupción.

guardias y servidores, que formaron la *Corte*; aparecen *dux* (duques), *cómites* (condes) y un ejército de empleados inútiles; todo es sagrado: cámara, palacio, tesoro y consejo; todos tienen títulos y distinciones: los deudos del emperador ó *nobilísimos*, los jefes de servicio ó *ilustres*, los funcionarios superiores ó *clarísimos*, los altos dignatarios ó *considerables*. Los habitantes del Imperio dejan de llamarse ciudadanos para convertirse en *súbditos* (sometidos) ó *esclavos*. El poder del magistrado romano se une á la pompa y preocupaciones orientales, y queda el modelo de la monarquía absoluta, tal como la persiguió Europa durante quince siglos. [1].

Las demás reformas de *Diocleciano* fueron meramente exteriores y administrativas; tales como: dividir el Imperio en *Oriente* y *Occidente*, regida cada parte por un *Augusto*; fraccionar las provincias, para disminuir con la extensión su poder é influencia; y asegurar la sucesión en el Imperio por medio del nombramiento de dos colaboradores, llamados *Césares*, y que compartían el poder con los *Augustos*.

V.—Triunfo del Cristianismo.

DURANTE los tres primeros siglos, los cristianos no desempeñaron gran papel político; la reforma moral se efectuaba en la conciencia. Del siglo I al IV, los adoradores de *Cristo* no eran aún bastante numerosos para influir en la marcha política del Imperio (2); pero á partir de 312, *Constantino*, dirigido por su madre *Elena*, ya cristiana, ganó á *Magencio*, su competidor en Occidente, la terrible batalla del puente

(1) Los bárbaros, con su individualismo, destruyeron esta opresiva máquina de gobierno en Occidente; pero luego se propusieron imitarla, (tal como continuaba en *Constantinopla*), desde *Carlo-Magno*. Tal ha sido el ideal monárquico hasta la Revolución francesa. Este régimen persistió en *Rusia* y en *Turquía*.

(2) *Suetonio* que escribió la «Historia de los Césares» (siglo II), habla del fundador del cristianismo como de un tal *Cristo*, alborotador del populacho

Milvio en Roma. Ya para entonces, los cristianos formaban el núcleo de su ejército, llevando el estandarte ó lábaro, con el signo de la cruz y las iniciales de *Cristo*, grabados en aquél. Poco después ataca á su rival *Licinio* en Oriente y lo derrota, concentrando en sus manos todo el Imperio.

El cristianismo había triunfado: el edicto de *Milán* (313) autorizaba el culto público de la nueva doctrina: el «Concilio de Nicea» (325) redactó la confesión de fe de los católicos, condensada en el símbolo que todavía se canta en la misa los domingos. El emperador se dirigió, en seguida, á todas las *Iglesias* ó asambleas de Oriente y Occidente á fin de que obedecieran la voluntad de Dios, expresada por el Concilio. El principal objeto de esta asamblea general fué condenar la herejía de *Arrio*, quien profesaba la creencia de que *Cristo* fué creado por el *Padre*, pero no de la misma substancia. [1].

Mientras que luchaban arrianos y católicos, los habitantes de los campos, los aldeanos, continuaban adorando los ídolos, sobre todo en Occidente. [2]. En verdad que por espacio de muchos años no se sabía cuál era la religión del Imperio. El mismo *Constantino* que reunió el «Concilio de Nicea» y que llevaba en su casco los clavos de la verdadera cruz, mandaba edificar en *Constantinopla* un templo suntuosísimo á la diosa de la Victoria y ostentaba las insignias del «Pontífice Máximo.» Uno de sus sucesores, el emperador *Juliano*, quiso restablecer el culto de los dioses; pero murió en una expedición contra el rey de *Persia*. [3]. *Graciano* fué el primero que se negó á llevar las insignias de *Pontífice*; luego, *Teodosio* terminó la obra de aquél, pronunciando penas terribles contra el que practicase el culto


(1) Estas controversias produjeron escándalos y desórdenes en todo el Imperio. Los emperadores se inclinaban ya á un partido, ya á otro, y esto aumentaba la confusión. Los bárbaros que invadieron el Occidente se convirtieron al arrianismo. Fueron necesarios dos siglos para uniformar la creencia.

(2) De aquí se deriva el nombre de paganos (campesinos), que los cristianos aplicaron después á los gentiles, esto es, á los que profesaban la religión de los pueblos, (gentes).

(3) Se refiere que al arrancarse el venablo de la herida, el apóstata cogió la sangre que manaba de élla, y la arrojó al cielo exclamando: ¡Venciste, Galileo!

de los gentiles [391]. El fuego sagrado que ardía en *Roma* desde la República, fué apagado; los últimos juegos olímpicos se celebraron en 394.

VI.—Últimos tiempos del Imperio.

 **CON** *Teodosio*, también, despidió sus últimos resplandores aquel Imperio que duraba hacía cuatro siglos. De tiempo atrás, los *bárbaros*, (germanos y eslavos), que habitaban al norte, traspasaban las fronteras; pero como los romanos disponían de un ejército regular y bien disciplinado, les era fácil detenerlos. Y así pasó durante los tres primeros siglos; como ejemplo podemos referir la irrupción de 300.000 godos en el año 269. El emperador *Claudio* con un pequeño ejército los ataca y destruye en los *Balkanes*. A fines del siglo IV, ya no son bandas aisladas, sino naciones enteras las que se precipitan sobre el Imperio, impulsadas por otras: verdaderas oleadas humanas que refluyen del fondo del *Asia*. Un pueblo de ginetes tártaros, los *hunos*, cae en esa época sobre los *germanos visigodos* (godos del oeste), y los arroja sobre las fronteras de *Roma*. El emperador *Valente* sale al encuentro de aquel verdadero enjambre de bárbaros, y sufre una derrota completa en *Andrinópolis* (378), en la cual perece; *Graciano*, su colega en Occidente, escoge de entre sus oficiales á *Teodosio*, noble hispano, natural de aquella *Itálica* tan fecunda en grandes hombres, y le da, con el título de *Augusto*, la corona de *Constantinopla*. El gran guerrero vence á los visigodos, los convierte en aliados y los establece en las comarcas fronterizas del Imperio.

Conjurado este peligro, aparece otro no menos formidable: *Máximo*, general de las legiones de *Bretaña*, se subleva contra *Graciano*, lo derrota y penetra en *Italia*. *Teodosio* acude desde Oriente, le da una gran batalla á orillas del *Savo*, lo coge prisionero y le da muerte. *Valentiniano*, hijo de *Graciano*, es elevado al trono de Occidente por el caudillo español; pero, tan pronto como abandona á *Roma*, *Arbogasto* [bárbaro franco], ge-
ce-

ral del ejército de *Valentiniano*, mata á éste y nombra emperador á *Eugenio*. El infatigable *Teodosio* acude de nuevo, derrota á *Arbagasto* y manda degollar á *Eugenio*. Estos triunfos del caudillo hispano, á quien la posteridad le ha dado con justicia los calificativos de *grande* y de *divino*, fueron de mucha trascendencia; puesto que los dos rebeldes eran paganos é intentaban restablecer el culto de los ídolos. En 395, después de publicar el «edicto de Milán,» en que castigaba con pena de muerte á los que practicasen el culto de los gentiles, y después de fundar definitivamente con sus victorias el cristiano, *Teodosio* dividió á su muerte el Imperio entre sus dos hijos: á *Honorio* dió el *Occidente* y á *Arcadio* el *Oriente* (1).

Muy distinto fué el destino de estos dos imperios: el de *Occidente*, con su capital, la soberbia *Roma*, pronto fué presa de los bárbaros, [476]; mientras que el de *Oriente* resistió por mil años á los *árabes* y *eslavos*, inexpugnable en su amurallado recinto de *Constantinopla*, hasta que cae por fin en poder de los bárbaros *turcos* [1453]. Esta larga agonía del *Imperio bizantino* [de *Arcadio* á *Constantino XII*], es lo que se ha convenido en llamar «Edad Media.»

(1) Teodosio era de un gran carácter, puesto que sabía dominarse. Lo prueba el hecho de humillarse ante el Arzobispo de Milán, cuando éste le impidió penetrar en la Iglesia, por las ejecuciones que verificara en Tesalónica. San Ambrosio mostró rectitud moral; Teodosio, grandeza y sucoñidad.

LIBRO SEGUNDO.

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.


SECCION PRIMERA.

PUEBLOS DE OCCIDENTE.

CAPITULO I.

Formación de nuevas naciones.

I.—Los Bárbaros.

AS allá del *Rhin* y del *Danubio*, en los territorios del actual «Imperio Alemán» y en las llanuras del Sur de Rusia, vivían pueblos que no habían llegado al punto de cultura que alcanzaron los griegos y romanos; pero tenían con éstos, y con los indostánicos y persas, gran semejanza en idioma, religión y costumbres: eran, así, de la misma raza arya y contenían en germen mayores principios de cultura. Estaban divididos en varias tribus que se hacían la guerra, destrozándose incesantemente. Cada tribu elige un jefe famoso por su valor y sus hazañas, y le juran obediencia los guerreros de élla, se comprometen á seguirlo y mueren defendiéndolo. «Cuando no pelean, dice *Tácito*, no se ocupan más que en cazar y dormir.» Algunas de estas bandas penetraron en el Imperio, durante los tres primeros siglos; pero siempre fueron derrotadas por las legiones romanas, mejor disciplinadas, y dirigidas siempre por hábiles jefes. Mas, en el siglo IV, ya no fué posible contener á estos duros y enérgicos guerreros que se precipitaban no por bandas sino por naciones. (*Teodosio* y sus suce-